

Symbolic violence¹<https://doi.org/10.17979/relaso.2012.2.1.1203>

Bourdieu, Pierre

College de France

Parece como si la revolución feminista fuese un hecho consumado. Se enumeran las conquistas de las mujeres, las posiciones sociales hasta hace un tiempo inaccesibles que ellas ocupan ahora. Incluso semeja inquietar las amenazas que este nuevo poder hace pesar sobre los hombres, hasta el nivel de la fundación de movimientos de defensa de los intereses masculinos.

Los dominantes siempre tienen tendencia a sobreestimar las conquistas de los dominados, y a atribuirse a ellos el mérito, incluso cuando les han sido arrancados. En la actualidad, el neomachismo sobreestima las transformaciones de la condición femenina y subestima las permanencias; incluso se puede servir de los cambios para reforzar las constancias: así, algunos pueden por ejemplo tomar el pretexto de las amenazas que pesarian sobre las libertades (con el fantasma fóbico de lo "politically correct") para rechazar en principio incluso la reivindicación feminista, mientras que por otra parte pueden hacer de la "liberación sexual" un argumento o un instrumento de seducción imperativo. Los intelectuales, que se creen tan gustosos como libertadores, no son de hecho los últimos cuando se trata de poner las profecías de la liberación al servicio de nuevas formas de dominación. Pienso, por ejemplo, en aquellos que invocan el psicoanálisis para denunciar la represión de un deseo supuestamente innato y universal de placer y la "desexualización" de las mujeres, por consecuencia la pasividad y la frigidez de las cuales es necesario liberarlas o de aquellos que, como Bataille, Klossovski, Robbe-Grillet o Sollers, reproducen, bajo el manto de un esteticismo de la transgresión vivido como subversión radical, y en favor de la irrealidad y de la irresponsabilidad aseguradas por la ficción literaria, los fantasmas masculinos de la omnipotencia se afirman a buen precio en el dominio total sobre los cuerpos femeninos reducidos a la pasividad.

Dicho esto, ¿qué hay de realidad en el cambio de relaciones entre los sexos? No cabe duda de que la dominación masculina ya no se impone con la total evidencia. En lo sucesivo necesita defender y justificar sus acciones. Lo que se llama la "liberación" de las mujeres, y por lo tanto la "liberación sexual" no es más que el aspecto más sorprendente, que ejerce sin duda unos efectos profundos en el ámbito de las representaciones. Y la puesta en cuestión de las evidencias corre pareja con las profundas transformaciones que conoció la condición femenina, con, por ejemplo, el crecimiento del acceso a la enseñanza secundaria y superior y al trabajo asalariado y, por lo tanto, a la esfera pública, y también al distanciamiento respecto a las tareas de reproducción que se caracteriza especialmente por el retraso de la edad de la fecundidad y el acortamiento de la interrupción de la actividad profesional en el momento del nacimiento de un niño.

Sin embargo, estos cambios visibles esconden aspectos que permanecen, tanto en las estructuras objetivas como en las de representación. Si la escolarización en la enseñanza secundaria y superior es a la vez uno de los cambios más importantes en las relaciones objetivas entre los sexos y uno de los factores más decisivos de la transformación de estas relaciones, la igualdad de las posibilidades de acceso no debe ocultar las desigualdades que subsisten en la repartición entre las diferentes

¹ Este artículo fue escrito por Pierre Bourdieu en el año 1995 para la Revista Mundial de Sociología (REMUS) de la que él formaba parte del Consejo Editorial. Se publicó en el número 2 de REMUS en el año 1996. En este número de la *Revista Latina de Sociología* dedicado a analizar su obra lo reproducimos tal y como fue publicado en REMUS

cadena de paso y, al mismo tiempo, entre las posibles carreras. Si las chicas son más numerosas que los chicos en la obtención del bachillerato y en la realización de estudios universitarios, están mucho menos representadas en las secciones más cotizadas y apreciadas, la proporción de mujeres sigue siendo muy inferior en las secciones científicas mientras que el número de las poseedoras de un Bachiller A crece fuertemente. Igualmente, en los Centros de Formación Profesional, las chicas siguen estando consagradas a las especialidades tradicionalmente consideradas como femeninas y poco cualificadas (como son las de empleadas de la administración o del comercio, o el secretariado y las profesionales de la salud). Incluso permanecen estas desigualdades en las clases preparatorias para las grandes escuelas científicas y en estas escuelas. En las facultades de medicina, la proporción de mujeres decrece cuando nos elevamos en la jerarquía de las especialidades, pues en algunas, como la cirugía, están prácticamente prohibidas a las mujeres, mientras que le están prestamente reservadas otras como la pediatría o la ginecología.

La misma lógica rige el acceso a las diferentes profesiones y a las diferentes posiciones en el seno de cada una de ellas. Así, por ejemplo, si bien es verdad que las mujeres están cada vez más fuertemente representadas en la función pública, las posiciones que ocupa siempre son las de base y las más precarias (son particularmente numerosas entre las no titulares y los agentes a tiempo parcial, y, en la administración local por ejemplo, le son atribuidas las posiciones subalternas y domésticas de asistencia y de cuidado mujeres de limpieza, camareras, asistentes maternas, etc.); ellas obtienen casi siempre, y en todos los niveles de la jerarquía, unas posiciones y unos salarios inferiores a los de los hombres. Las posiciones dominantes, que ellas ocupan cada vez más, se sitúan por lo esencial en las regiones dominadas del campo de poder, es decir, en el ámbito de la producción y de la circulación de bienes simbólicos (como la edición, el periodismo, los medios, la enseñanza, etc.).

Par comprender estas permanencias, que pueden disimular por detrás un desplazamiento desapercibido de la frontera entre los sexos, como en la enseñanza, es necesario tener en cuenta otros aspectos distintos de coacción exterior y del mala voluntad masculina. Sin embargo, no sería menos ingenuo (y escandaloso) imputar la responsabilidad a las propias mujeres, en tanto que en varios casos parecen contribuir a su propia exclusión. Cuando se interroga a los adolescentes sobre su experiencia escolar, no se puede escapar de ser atrapado por la fuerza de las "previsiones colectivas", como dice Marcel Mauss, e igualmente por el peso de las incitaciones, positivas o negativas, que los padres, los profesores (y en particular los equipos de orientación) o los compañeros, ejercen sobre ellas, empujándolas explícitamente hacia el destino que les es asignado por el principio de la visión tradicional: así, ellas pueden observar como los padres, los profesores o los equipos de orientación, las desvían, "en su interés", de ciertas carreras masculinas bien reputadas ("Cuando tu padre te dice: 'Tú nunca podrás hacer este trabajo, esto te molesta terriblemente' ") mientras que animan a tus hermanos para elegirlos. Pero esta llamada al orden debe una gran parte de su eficacia al hecho de que toda una serie de experiencias anteriores, en el deporte especialmente, que a menudo es la ocasión para encontrar la discriminación, las han preparado para aceptar todas estas exhortaciones en forma de anticipación y les han interiorizado el principio de la visión dominante: ellas "se ven mal" "sobre un taller" o "dando órdenes a los hombres" o, simplemente, trabajando en una tarea típicamente masculina. La división sexual de los trabajos, inscrita en la objetividad de la estadística espontánea, mediante la cual se forma la representación que cada uno de nosotros considera *normal*, les ha enseñado que, como le dice una de estas tautologías donde se enuncian las evidencias sociales, "en nuestros días, no se ve a muchas mujeres hacer los trabajos de los hombres", o que, más precisamente, las tareas técnicas son casi siempre de los hombres y que, por consecuencia, las cadenas que conducen a este campo, como el

bachillerato técnico con opción mecánica, no están hechas para ellas; si ellas intentan olvidar esto, serán llamadas al orden, al margen de toda intervención malévola de los condiscípulos o de los profesores, por la dificultad de encontrarse sola -o a unas pocas- en las clases compuestas en su casi totalidad por chicos ("No se sabe lo que es estar una chica, sola, en una clase de chicos. A menudo, al regresar, lloro en el brazo de mi padre").

En pocas palabras, la experiencia de un orden social donde las diferentes tareas siguen bastante rigurosamente repartidas según el sexo y mediante las llamadas al orden explícitas que les son dirigidas por sus parientes, los profesores y sus condiscípulos, ellas mismas están dotadas de principios de visión y de división adquiridos mediante las experiencias adecuadas del mundo, han adquirido, bajo la forma de esquemas de percepción y de apreciación profundamente incorporados y difícilmente accesibles a la conciencia, el principio de la visión dominante que les lleva a encontrar normal, o incluso natural, evidente, el orden social tal y como existe. Las encuestas muestran que el punto de vista masculino se continúa imponiendo en las representaciones (incluso si los jóvenes se declaran menos sexistas que los adultos) y sobre todo en las prácticas: se percibe por ejemplo en el hecho de que la distancia de edad en favor del hombre se mantiene en las parejas (las mujeres declaran en su mayor parte el deseo de que su compañero sea más grande y más viejo que ellas).

Resulta así que las mujeres contribuyen de tal modo a su dominación mediante las disposiciones que, siendo el producto de un orden establecido, les inclinan a plegarse a este orden, fuera de todo *consentimiento* voluntario, consciente, y de toda *coerción* directamente ejercida. Para que la dominación simbólica de la cual ellas son víctimas funcione, como en todas las conductas mediante las cuales ellas eligen en cierto modo su destino, rechazan los sectores o las carreras de las cuales son excluidas, adoptando aquellas a las que están destinadas, lo cual hace que, como todas las víctimas de la violencia simbólica, las mujeres hayan incorporado las estructuras a través de las cuales se realiza la dominación que ellas sufren y que la sumisión no sea el efecto de un acto de la conciencia y la voluntad (como en la "servidumbre voluntaria"). Para comprender la dominación simbólica y su perpetuación, es necesario romper con las filosofías de la conciencia a las cuales las teorías críticas, como la de Marx en materia de dominación social, la de los teóricos feministas en materia de dominación sexual, siguen atadas. Hay cosas sobre las cuales apenas existe toma de conciencia, sobre las cuales la conciencia apenas se percata, puesto que se sitúan al nivel de disposiciones corporales. Es el caso de la dominación sexual, forma de dominación simbólica que se ejerce con la complicidad de aquella que la sufre o, más precisamente, con la complicidad de las estructuras incorporadas que el dominado ha adquirido en la confrontación prolongada con las estructuras objetivas de dominación.

Es necesario enumerar todos los casos donde los hombres mejor intencionados (la violencia simbólica no opera en el orden de las intenciones conscientes) realizan unos actos *discriminatorios*, excluyendo a las mujeres, incluso sin plantearse la cuestión, de las posiciones de autoridad, reduciendo sus reivindicaciones a unos caprichos, sometidos a un habla de apaciguamiento o a una palmada sobre la mejilla, etc.; tantas "elecciones" infinitesimales del inconsciente que, acumulándose, hacen la situación profundamente injusta a la cual las mujeres son globalmente reducidas y que enumeran periódicamente las estadísticas de la representación femenina en las posiciones de poder, político especialmente.

La dominación masculina, que convierte la mujer en objeto simbólico, cuyo ser (*esse*) es un ser-percibido (*percipi*), tiene por efecto el situar a las mujeres en un estado permanente de inseguridad corporal o, a decir mejor, de alienación simbólica. Dotados de un ser que es un parecer, están sometidas a manifestar, por su forma de "llevar" el cuerpo y de presentarlo (vestido, maquillaje, cuidado, etc.), una especie de

disponibilidad (sexuado y eventualmente sexual) con respecto a los hombres. Prueba ser contrario de la verdad de este análisis, evidentemente expuesto a parecer excesivo, la transformación de la experiencia subjetiva y objetiva del cuerpo que determina, para las mujeres, la práctica intensiva de un deporte: desde el punto de vista de la mujer, el deporte modifica profundamente la relación con el propio cuerpo que, cesando de existir solamente para el prójimo o, lo que viene a ser lo mismo, para el espejo (instrumento que permite no el verse, como se cree, sino el ensayar de verse como uno es visto), se convierte de cuerpo para sí, de cuerpo pasivo y actuado, en cuerpo activo y actuante; desde el punto de vista masculino, aquellas que, rompiendo la relación tácita de disponibilidad, se reapropian de cualquier forma su imagen corporal, son percibidas como no "femeninas", dígame como lesbianas -la afirmación de independencia intelectual, que también tiene sus manifestaciones corporales, produce unos efectos semejantes.

Es necesario mencionar, para terminar, aquello que algunos análisis feministas ubican en la categoría de "masoquismo feminista", es decir, esta especie de erotización de las relaciones sociales de dominación que hace que, como dice Sandra Lee Bartky, "dominance in men is exciting".² Es suficiente indicar que la seducción que ejercen los poderosos, y el poder, encuentra su principio no en una especie de perversión deliberada de la conciencia, sino en la sumisión que ha sido inscrita en el cuerpo, bajo la forma de disposiciones inconscientes, mediante todas las exhortaciones silenciosas del orden social como orden masculino. Esto es lo que hace que la revolución simbólica a que llama el movimiento feminista no se puede reducir a una conversión de las conciencias. Debido a que el fundamento de la violencia simbólica reside no en las conciencias mistificadas que es suficiente con esclarecer, sino que las disposiciones ajustadas a las estructuras de dominación de las que ellas son el producto, no se puede esperar una ruptura de la relación de complicidad entre la víctima de la dominación simbólica acorde al dominante, más que mediante una transformación radical de las condiciones sociales de producción de las disposiciones que llevan a los dominados a tomar sobre los dominantes y sobre ellos mismos un punto de vista que no es otro que el de los dominantes.

² Sandra Lee Bartky, *Femininity and Domination, Studies in the Phenomenology of Oppression*, New York and London, Routledge, 1990